continuó el divertido juego de tener novio para caer de improviso cogida en la red. Y Pancho empezó á amar con un amor frenético, para acabar en el juego divertido de tener novia......

Y se debatía sudoroso, ardiendo entre las sábanas, presa de la excitación nerviosa llevada á su más alto grado, por la evocación de todos los recuerdos de su vida de estudiante; hasta que agotado cayó dormido, inerte como una piedra, bajo la depresión umbrosa de un día tormentoso, y de una noche de insomnio.

Cuando despertó, eran las diez de la mañana.



## V.

Maria Luisa.

ENUDA llovizna había humedecido la atmósfera, y aquella tarde de junio resultaba peor de pesada y sofocante. entrar á las callejuelas de la Alameda, se sentía un bienestar inmenso. Como si se saliera de una hornaza, asi se abandonaba el hálito abrazador de las calles; y á medida que se penetraba más y más entre los añosos árboles, ricos de follaje y de sombra, la frescura del césped, de los arbustos, y del viento embalsamado de aromas, se infiltraban produciendo una voluptuosa languidez. Al borde de los prados convertidos en montículos de flores, se levantaban corpulentos fresnos; y una corriente de agua turbia se desparramaba por sobre el zacate, bañando los tallos de las plantas. Un soplo de aire fresco se desprendía de todas partes: de los rosales de castilla, de las violetas, de los aromageles, de los zacatales: todo un perfume enervante de hierba y de tierra mojada. Y la frescura era mayor á medida que se internaba más, los árboles más grandes, el follaje más nutrido.

Hacia el oriente, está limitada la Alameda por un sucio canalón de aguas negruzcas, que corren ocultándose entre algas y bajo encorbados eucaliptos. Más allá, se ven terrenos grises, cenicientos, de tierra abierta y removida para la próxima siembra. Destácase no lejos, una fábrica de cerveza, con sus paredes acanteradas, sus altas chimeneas y sus pararrayos deslumbrantes; y allá, remotamente, en el fondo azulado de los cerros, blanquean humildes casuchas.

Hacia el ángulo noroeste, cerca de unas, paredes terrosas sobre las que asoman las copas de los árboles de una quinta, el follaje es de incomparable exhuberancia; y ahí es donde, tarde por tarde, se encuentran como perdidas, parejas de enamorados que huyen de la curiosidad de los transeuntes.

Eran las seis de la tarde. Multitud de elegantes carruajes rodaban por la ancha calle que circunda la Alameda; bicicletistas intrépidos se lanzan por las callejuelas, describiendo curvas rápidas, y sonando hasta el fastidio el timbre; las muchachas, á hurtadillas, cortaban los floripondios de invertidas corolas aceradas; chiquitines retozando alegremente corrían tras las mariposas, que parpadeaban sobre los rosales, sobre los belenes, y como manchas de morado terciopelo, sobre el césped esmeralda.

Lisa, con paso rápido atravesó la glorieta central, mirando á todas partes, y presa de agitación muy viva siguió por una callejuela recta, hasta perderse hacia el ángulo noroeste, entre la apretada fila de árboles. Ya en la soledad, su paso fue más seguro, se dirigió á un rincón donde la yerba le cubría la mitad de la falda, paróse y volvió la cabeza en distintas direcciones como buscando á alguien. No tardó mucho en descubrir á Pancho que, no lejos de ella, se levantaba á su encuentro Cuando le vió, la opresión de su pecho fue intensa; con su cerebro abrumado, sus piernas vacilantes, no pudo sostenerse más, y ahí mismo cayó en los brazos de su amante.

La emoción de ambos era tan grande que, largos minutos, permanecieron mudos, cojidos estrechamente de las manos.

Lisa, al fin, interrumpió aquel silencio em-

briagador, y con voz casi ahogada exclamó:

—Tengo miedo.... Me vió Juana....

—Y eso ¿qué importa?—replicó sorprendido Pancho—No eres acaso mia y sólo mia, ¿Qué se nos da entonces con que ella y todo el mundo te vea?

—Si, pero.....

-¿Pero qué?.... No me vas á cumplir tu palabra?

-¡Oh! ¡no seas cruel! Bien sabes que te amo con toda mi alma.

Cruzáronse una mirada rápida y ardiente; del momento supremo de mutua enagenación en que de antemano sus almas se habían fundido en una sola. Ella bajó los ojos avergonzada, él la veía transfigurada é irradiante de belleza; ¡más hermosa que nunca! Momento supremo y único de aquel amor: jamás la adoraría como en ese supremo instante de su vida.

El sol se ocultaba por la arboleda hacia el poniente y, sólo allá en lo alto de la fábrica de cerveza, aparecía avivando el color acanterado de las paredes, y tiñendo como lengüetas de lumbre las vidrieras de las ventanillas. En las cumbres de los cerros, aparecía todavía blanqueando los contornos ondulosos; mientras que la tierra arada vol-

víase más plomiza, más oscura y más triste. Blancas nubecillas revolvíanse en un cielo azul pálido. Del suelo se desprendía un olor de frescura y de fecundidad.....

Y pasó la tarde, y cesó en los árboles el salto contínuo é incesante parloteo de los avichuelos buscando albergue; las luciérnegas empezaron á brillar como chispas diamantinas.....

La gris melancolía se fundió en la oscuridad solemne.....

—Nos vamos ya, Luisa, — dijo Pancho, intentando levantarla cariñosamente.

—¡Oh no!...hay mucha luz todavía.... no...nos'ven....¡Por Dios, Pancho!, ¡tengo miedo!

—No temas Lisa mia, mira, aquí es muy cerca....nuestra casita....¡Oh! un nidito delicioso.....

Lisa temblaba; y un calosfrío recorría todo su cuerpo. Se colgó del brazo de Pancho automáticamente y le siguió; pero cuando él abría la puerta de su nueva casa, ella se trasformaba en un inesperado rapto de voluntad y de energía, y, súbitamente, se desprendió del brazo de Pancho, y rechazándolo, exclamó:

-¡Yo no entro! -Y como quien huye de

un gran peligro, rápida escapó......

Pancho, que no esperaba semejante desenlace, quedóse alelado viendo aquel bulto que se perdía luego en la obscuridad.

¡Valiente aventura!, se dijo mordiéndose los labios y lleno de ira, sintiéndose en el colmo del ridículo, ahí parado esperando á nadie. Con paso pesado é indecizo, por fin, se retiró de ahí.

De pronto se encontró en el barrio turbulento de San Juan de Dios. ¡Valiente hazaña!, repetía, ¡me he lucido! Dos mesadas
adelantadas por el cuartucho aquel, en medio de la más repugnante vecindad: sucias
molenderas, mujeres sospechosas, clandestinas toleradas, rateros turbulentos, y en fin:
todo un mundo de rapiña, de ebriedad, y de
inmundicia. Y aquello no tenía remedio. A
la fondera de la esquina le adelantó el valor
de comida, para dos personas, por dos meses;
lo demás lo había gastado en unas cuantas
sillas, trastos de cocina y minuciosidades absolutamente necesarias para levantar su rudimentario hogar.

Furioso, moviendo nerviosamente las manos y la cara, pronunciando las más feroces palabrotas que le venían á mientes, atravesó calles que jamás había pisado. Sonaron las doce, y él, aun no cesaba de andar sin salir del barrio escandaloso.

A la luz de los focos eléctricos, aparccían las casas de asignación profusamente iluminadas; vistosos cortinajes, muebles presuntuosos, enormes espejos, vestidos vaporosos y alegres, muchachas rozagantes y frescas, caras de falso color desvanecido por el alumbrado artificial y entre ellas, elegantes abotagados, rojos de alcohol y de excesos, levitas manchadas de tierra y de vino. Y todo aquel hacinamiento de mercancía palpitante, con sus pretenciones de refinado gusto, de elegancia, de placer desbordante, no podía menos de hacer resaltar las casuchas nauseabundas de la vecindad; como el olor aguardentoso no podía extinguirse con el de los perfumes exitantes.

Después se metió en callejones obscuros donde, entre confusión de gritos y carcajadas, en medio de canciones populares de roncas gargantas averiadas, se oía la desesperante monotonía de los «cilindros.» Ahí le asaltaban mujeres ebrias ofreciéndole amor á cambio de cualquier moneda.

Y cuando, por fin, se resignó á volver á su albergue, pues que no le quedaba ni un centavo para ir á dormir á otra parte, llevaba en la cabeza el barullo abrumador de aquel barrio, respiradero ruidoso é incesante del vicio. Su corazón sintióse aligerado, cuando pensó que si lo hubiera seguido María Luisa, tarde ó temprano la infortunada habría ido á caer allí.

Ya llegando se buscó la llave de la puerta, y, joh sorpresa y gran desgracia!, no llevaba nada. Y registró con ansiedad un bolsillo, y otro, y otro, y los volvió al revez....
No había duda, la llave se había perdido.

¡Qué fatalidad!, pensó. Indudablemente la he tirado de la bolsa. Y qué hacer? echarse á buscarla y á esas horas, por las calles por donde había vagado la mitad de la noche? ¡Aquello si que era el colmo de la desgracia! Y quiso arrancarse los cabellos, en su desesperante situación. Eso era lo que le faltaba para completar la feliz y deliciosa noche que había soñado, nada más que ahora su cama tornábase por el césped fresco de la Alameda, y su techo por la hermosisima bóveda celeste de aquella noche primaveral. Tuvo un acceso de ira, y, por un momento, sintió sus mejillas bañadas de lágrimas. Y pensó entonces en los olvidados consejos de su madre; sintió cenizas que se removian y que le caldeaban el alma ¡qué! dera, pues, cierto que Dios castiga las malas obras y los malos pensamientos?

Al llegar á su casa dió un paso atrás, estupefacto: había luz dentro. ¿Quién podía ser? Perplejo y asustado iba á optar por el camino más prudente: retirarse y volver hasta otro día. Quizá algunos cacos, de los mismos vecinos, aprovechaban la facilísima oportunidad de proveerse de algunos objetos de menaje. Y ya había vuelto la espalda, cuando oyó que abrían la puerta. Volvió la cara automáticamente, y su sorpresa fue mayor aún, cuando vió á María Luisa salir y dirijirse á él. Se echaron, sin explicaciones, en brazos una del otro, y entre caricias efusivas penetraron al cuarto.

María Luisa llevaba los ojos llenos de lágrimas y un pañuelo en la cabeza manchado de sangre húmeda.



## VI.

N el momento en que Pancho puso la llave sobre la cerradura, Lisa sintió la más violenta impresión; en ese instante, con la rapidez de un sueño y con la elaridad de un relámpago, apareció en su conciencia, lúcida, la imagen de su madre, de la pobre viejecita abandonada por su hija, por el único ser en el mundo que podría tenderle la mano en su senectud; ya cuando le faltaban las fuerzas para seguir trabajando; arrojada quizás á un hospital á extinguirse en la tristeza de los olvidados. Y huyendo del hombre adorado como corza asustadiza corrió, corrió hasta encontrar el calor del hogar: el único calor que no hace daño.

Mas habíase olvidado de que la tía Juana la encontró á buena distancia para reconocerla, y no pensó en que su madre pudiera saber ya su falta. En efecto, la tía en sus callejeos de loca incansable, creyó reconocer á Lisa, á una hora ya mucho después de la de entrada al taller, pero dudando de sus propios ojos para serciorarse plenamente, so pretexto de comprar unos calcetines, entró al establecimiento y no le fue difícil llegar al puesto mismo donde trabajaba Lisa. Con mucho disimulo, preguntó si ese dia no había concurrido su sobrina, y cuando estuvo segura de ello, apresuradamente se volvió á su casa.

Anhelante, dando grandes sancadas, mostrando destapados los cortes de los gruesos zapatos, desechos de los estudiantes, y dejando ver las más inmundas uñas, se lanzó frenética á su casa, dichosa de poder aplastar á doña Cuca una vez más; ahogándose, subió la escalera, y comiéndose la mitad de las palabras, la frente chorreante de sudor, los cabellos más desordenados que nunca, enredada en el verdoso tápalo, entró gritando:

—¡Ya ves Cuca!, ¡ya ves!: lo que yo te decía: ¡María Luisa no va al taller!, ¡María Luisa no esta allí.... De allí vengo, he ido á comprarle unos calcetines al padre Torres, se me ocurre preguntar por ella y me dicen que aun no llega. Y ¿tú crees vieja imbécil, que es la primera que hace? ¡Te lo dije!, ¡te lo dije!: tu hija te deshonra, y tú ¡animal! muý confiada en el!a Pero que te estoy diciendo. Si tu hija vale mucho más que la necia de tu prima.

-¿Cómo? ¿María Luisa no ha ido al taller? La pobre mujer no podía hablar anonadada, no podía preguntar más.

La antigua soldadera, mientras tanto, estaba radiante de felicidad y se desbordaba en un torrente de injurias escapadas á borbotones de su boca inmunda.

Doña Refugio cayó convulsivamente en una silla, presa de un acceso histérico.

Cuando dieron las ocho entró Lisa. Doña Cuca se quedó atónita por un momento, pero la indignación nubló sus ojos, y sin esperar explicaciones, sin oir una palabra, creyendo ya pública la deshonra de su hija, y á ella en el más indigno puesto, sin que le importara la presencia de los estudiantes que cenaban, se levantó y tiró á Lisa de un golpe terrible. La muchacha cayó sobre una silla que le abrió la frente. Indignada, pero sin proferir una queja ni una exclamación, se levantó. Su cara se empurpuraba más que por la sangre que escurría de la herida por la vergüenza y el escarnio; y, con los sollozos ahogados

en el corazón, salió entre las maldiciones de su madre y la estupefacción de sus amigos.

Lisa iba resuelta; ya no lloró. El dolor que la había hecho escapar de los brazos de su amante no existía ya; el remordimiento de haber abandonado á su madre acababa de extinguirse; le había pegado, le había herido, le había maldecido, la manchó prematuramente. Y salió con el corazón desahogado; la sangre que se escapaba de su cuerpo, aligeraba su alma. En los brazos de Pancho estaba la realización del amor único de su vida. En la fidelidad al hogar la amargura de una existencia envenenada ya para siempre.

Y Lisa cayó hermosa y grande: en plena lucha y con el corazón partido.



## VII.

tana, dió tres golpecitos y tosió. La luz que á través de las rendijas se veía, extinguióse en el mismo momento en que él se asomaba.

—Quizá no haya sido ella—se dijo; y pausadamente con toda tranquilidad, encendió un cigarro y se puso á dar vueltas frente á la casa de su novia, esperando que abriera, pues eran las nueve: hora de reja.

Dieron el cuarto, y la casa permanecía sin ruido alguno, la alcoba silenciosa y obscura. Volvió otra vez á la ventana, y repitió la tocesilla lo mismo que los golpes ligeros.

—Es raro, —pensó —es más puntual que yo: más me dilato en dar la señal que ella en abrir. Debe haber ocurrido algo.

A medida que transcurrian los minutos sus pasos volvíanse irregulares, descompasados y nerviosos. Cuando dió la media su faz se ensombreció perdiendo en un instante su habitual humor bello y alegre.

¡Oh! era necesario dar una lección á esa niña que por primera vez se permitía darle un plantón. Si él lo toleraba ahora, ya tendría para divertirse en lo sucesivo. ¡Bah! como si no supiera quienes son las mujeres! Y le vino una idea: retirarse de allí, no volver en dos dias, en cuatro dias, ó en una semana ¡caramba! ¡Que ella sienta todo el peso de su falta y no le quede más gana de repetirla!

Pero en lugar de llevar á cabo tan feliz determinación, el buen chico como buen enamorado pensaba una cosa y hacía la contraria, no se movió de su sitio y como esculpido en la pared permaneció con los ojos fijos en la ventana, esperando á cada instante verla abierta. Bien es cierto, que una corriente inversa de nuevas reflexiones convertíalo en prudente. ¿No era en efecto violentarse demasiado, cortando asi de repente con su novia, en vez de esperar á que la niña saliera á la hora que se le antojara, y entonces hechas las explicaciones del caso, si á ello se veía obligado, decirle cuantas son cinco.

Porque bien vistas las cosas, era posible

que alguna visita, ocupación urgente, asunto grave de familia, etc. la retuviera. Sin embargo, no se explicaba muy claro aquello de que en el momento en que él llegó é hizo la señal, como por encanto la luz de la alcoba se extinguió. ¡Ah! no era posible engañarse. Esther lo tenía allí plantado con toda una maligna intención. De no ser asi, aun sin abrir la ventana, ella que indiscutiblemente estaba en su pieza cuando él llegó, pudo haberle dicho «espera un momento.»

Jesús se irguió soberbio, arregló su sombrero, se abotonó el saco y....tampoco en esta vez se marchó; no parecía sino que la esquina lo atraía con fuerza irresistible y lo clavaba como un poste.

Jesús era un muchacho pálido, de mejillas marchitas, mirada lánguida y de constitución endeble. No correspondía su físico á su espíritu ardiente y exaltado. De carácter franco, alegre y bromista, corazón siempre abierto, conservaba un dejo en el gesto, que hacía recordar las maneras de su pueblo en la costa; era bien querido de los estudiantes, y siempre había vivido entre ellos en casas de asistencia. Simpatizaba cordialmente, con Pancho sobre todo, dadas sus mutuas afinidades de ideales y su entusiasmo por el

¿era, pues, cierto que Dios castiga las malas obras y los malos pensamientos? · · · · · ·

Al llegar á su casa dió un paso atrás, estupefacto: había luz dentro. ¿Quién podía ser? Perplejo y asustado iba á optar por el camino más prudente: retirarse y volver hasta otro día. Quizá algunos cacos, de los mismos vecinos, aprovechaban la facilísima oportunidad de proveerse de algunos objetos de menaje. Y ya había vuelto la espalda, cuando oyó que abrían la puerta. Volvió la cara automáticamente, y su sorpresa fue mayor aún, cuando vió á María Luisa salir y dirijirse á él. Se echaron, sin explicaciones, en brazos una del otro, y entre caricias efusivas penetraron al cuarto.

María Luisa llevaba los ojos llenos de lágrimas y un pañuelo en la cabeza manchado de sangre húmeda.



## VI.

N el momento en que Pancho puso la llave sobre la cerradura, Lisa sintió la más
violenta impresión; en ese instante, con la
rapidez de un sueño y con la claridad de un
relámpago, apareció en su conciencia, lúcida,
la imagen de su madre, de la pobre viejecita abandonada por su hija, por el único ser
en el mundo que podría tenderle la mano en
su senectud; ya cuando le faltaban las fuerzas para seguir trabajando; arrojada quizás á
un hospital á extinguirse en la tristeza de los
olvidados. Y huyendo del hombre adorado
como corza asustadiza corrió, corrió hasta
encontrar el calor del hogar: el único calor
que no hace daño.

Mas habíase olvidado de que la tía Juana la encontró á buena distancia para reconocerla, y no pensó en que su madre pudiera saber ya su falta. En efecto, la tía en sus callejeos de loca incansable, creyó reconocer á Lisa, á una hora ya mucho después de la de entrada al taller, pero dudando de sus propios ojos para serciorarse plenamente, so pretexto de comprar unos calcetines, entró al establecimiento y no le fue difícil llegar al puesto mismo donde trabajaba Lisa. Con mucho disimulo, preguntó si ese dia no había concurrido su sobrina, y cuando estuvo segura de ello, apresuradamente se volvió á su casa.

Anhelante, dando grandes sancadas, mostrando destapados los cortes de los gruesos zapatos, desechos de los estudiantes, y dejando ver las más inmundas uñas, se lanzó frenética á su casa, dichosa de poder aplastar á doña Cuca una vez más; ahogándose, subió la escalera, y comiéndose la mitad de las palabras, la frente chorreante de sudor, los cabellos más desordenados que nunca, enredada en el verdoso tápalo, entró gritando:

—¡Ya ves Cuca!, ¡ya ves!: lo que yo te decía: ¡María Luisa no va al taller!, ¡María Luisa no esta allí.... De allí vengo, he ido á comprarle unos calcetines al padre Torres, se me ocurre preguntar por ella y me dicen que aun no llega. Y ¿tú crees vieja



imbécil, que es la primera que hace? ¡Te lo dije!, ¡te lo dije!: tu hija te deshonra, y tú ¡animal! muy confiada en ella Pero que te estoy diciendo. Si tu hija vale mucho más que la necia de tu prima.

—¿Cómo? ¿María Luisa no ha ido al taller? La pobre mujer no podía hablar anonadada, no podía preguntar más.

La antigua soldadera, mientras tanto, estaba radiante de felicidad y se desbordaba en un torrente de injurias escapadas á borbotones de su boca inmunda.

Doña Refugio cayó convulsivamente en una silla, presa de un acceso histérico.

Cuando dieron las ocho entró Lisa. Doña Cuca se quedó atónita por un momento, pero la indignación nubló sus ojos, y sin esperar explicaciones, sin oir una palabra, creyendo ya pública la deshonra de su hija, y á ella en el más indigno puesto, sin que le importara la presencia de los estudiantes que cenaban, se levantó y tiró á Lisa de un golpe terrible. La muchacha cayó sobre una silla que le abrió la frente. Indignada, pero sin proferir una queja ni una exclamación, se levantó. Su cara se empurpuraba más que por la sangre que escurría de la herida por la vergüenza y el escarnio; y, con los sollozos ahogados

en el corazón, salió entre las maldiciones de su madre y la estupefacción de sus amigos.

Lisa iba resuelta; ya no lloró. El dolor que la había hecho escapar de los brazos de su amante no existía ya; el remordimiento de haber abandonado á su madre acababa de extinguirse; le había pegado, le había herido, le había maldecido, la manchó prematuramente. Y salió con el corazón desahogado; la sangre que se escapaba de su cuerpo, aligeraba su alma. En los brazos de Pancho estaba la realización del amor único de su vida. En la fidelidad al hogar la amargura de una existencia envenenada ya para siempre.

Y Lisa cayó hermosa y grande: en plena lucha y con el corazón partido.

